

Jean Grondin

Hermenéutica, sentido y mundos de vida



Jean Grondin (Quebec, 1955) es profesor de la Universidad de Montreal (Canadá), y uno de los principales representantes en la actualidad de la filosofía hermenéutica. Heredero espiritual de H.G. Gadamer, su trabajo intelectual ha conseguido elaborar una visión sintética de la historia de la hermenéutica desde sus inicios como “arte de la interpretación”, a través de Dilthey, Heidegger y Gadamer, hasta su diseminación en los vericuetos de la posmodernidad. La editorial Herder ha editado recientemente sus dos últimos libros: *Del sentido de la vida y ¿Qué es la hermenéutica?*

Ofrece un mensaje optimista de confianza en el sentido de la vida, cosa que es de agradecer en un momento en que muchos indicadores, y no sólo los económicos, resultan poco halagüeños, e incluso inquietantes. Grondin defiende que la reflexión filosófica tiene que recuperar el tema del sentido de la vida para plantearlo desde el presente de un

modo serio y riguroso, pues ha sido en realidad uno de los motivos centrales de toda la historia de la filosofía, desde Sócrates hasta el presente, en su búsqueda de felicidad, de amor y fraternidad, de justicia universal y en su defensa de la dignidad humana y de la libertad. Y como las ciencias evitan, por su método positivo o positivista, las valoraciones sobre el sentido de lo que estudian, tendría que ser tarea de la filosofía ayudarnos en la búsqueda del sentido, enseñarnos a abrirnos a él abriendo así la vida, como si fuera una fruta, para poder apreciar su sabor.

Apoyándose, pues, en la gran tradición que ha identificado positivamente el ser con el bien, y presentado el mal como una ausencia accidental o defecto de ser, Grondin proclama que hay una anterioridad o prioridad del sentido sobre el sinsentido: incluso el sentimiento del “absurdo”, que con tanta intensidad y profundidad se extendió durante el siglo pasado por la filosofía y la literatura, presupone una “espera” (en el doble sentido de espera y esperanza que encierra en español esta palabra) de sentido que se ha visto frustrada o demorada. El pensamiento del absurdo de la existencia que se condensa en la expresión de Sartre “la vida es un pasión inútil” se correspondería, precisamente, con una expectativa muy alta, demasiado alta, en relación con el sentido de la

vida que ha quedado insatisfecha. Como decía el maestro Gadamer, el problema que tiene el pesimista es que le falta un poco de honradez para reconocer que cuando afirma que todo va (a ir) mal, en realidad lo hace con la esperanza inconfesada de que vaya bien.

Así pues, hemos de confiar: tal sería el mensaje que se desprende de sus ideas, pues la realidad y la vida tienen sentido en sí mismas y por sí mismas. Nuestro filósofo viene así a poner en cuestión una de las tesis que más laboriosamente ha ido conquistando el pensamiento moderno: la afirmación de que el sentido no es algo dado en la realidad, sino algo que sólo nosotros mismos hemos ido construyendo, elaborando y proyectando mediante nuestros lenguajes, nuestras imágenes y símbolos, nuestras teorías, es decir, a través de nuestras interpretaciones culturales. Este constructivismo, que podría quedar representado por la filosofía de Kant, resultaría algo arbitrario, ya que acentúa solamente la importancia que tiene la intervención del ser humano a la hora de conocer, apreciar o valorar lo real, considerándola decisiva o definitiva. El sentido sería, según esta tesis típicamente moderna, una mera creación o secreción humana, una ficción o ilusión con la que recubrimos o adornamos algo de lo que en el fondo, nada sabemos.

Pues bien, Grondin se niega, de un modo un tanto provocativo, como reconoció en el coloquio con Ortiz-Osés y S. Zabala en FICE, a aceptar esta tesis puramente constructivista que reduce el sentido de la vida y de la realidad a ser un mero invento nuestro (un cuento, podríamos decir) e insiste en que la vida tiene sentido, como lo tiene, por ejemplo, el viento, con independencia de lo que nosotros hagamos o digamos. Porque el viento tiene un sentido el navegante puede navegar, si es lo suficientemente avezado como para aprovechar con sus velas la fuerza que la propia naturaleza le ofrece. La naturaleza nos estaría mostrando constantemente que apunta en una determinada dirección, como si aspirara o tendiera hacia el sentido, como si se moviera buscando lo mejor, aunque no siempre lo consiga.

Grondin opta pues por nadar contra-corriente, recordándonos que el sentido de la vida no lo construimos meramente nosotros, no es un simple "valor añadido" o plusvalía, un "efecto de superficie", sino algo primario y fundamental, algo dado, una especie de "infraestructura". Se trata de una posición valiente que viene a denunciar los excesos a los que puede conducir el descubrimiento moderno de nuestra intervención en la construcción del conocimiento. Su carácter "provocador" puede resultar sugerente y productivo, si consigue plantear cuestiones que el pensamiento dominante ha dejado apartadas, aunque también conlleva un cierto peligro de recaer en concepciones pre-modernas, pues insistir en el sabor de la fruta no debería hacer olvidar que para que haya realmente sabor tiene que haber quien la saboree.

Luis Garagalza

Universidad de Deusto-Bilbao, España.